

Delphe

Relato basado en el fresco de la figura mitológica La sibila délfica, de Miguel Ángel.
Una historia de ficción creada desde la perspectiva de la doncella oráculo.

Lín Marrod

Abandoné el vientre materno en la mágica Delphos, el ombligo del mundo. Nacer mujer en una época gobernada por hombres fue perder mis alas desde el vientre de mi madre. No lo supe en ese momento, pasaron años antes de entenderlo. La niña feliz y mimada que era no podía comprenderlo. Tenía la vida perfecta, o eso creí.

Una venda imperceptible fue cayendo poco a poco, y el mundo de colores en el que vivía se tornó gris ante mis ojos. Así fue el paso de niña perfecta a joven bendecida. Tenía quince años cuando desperté junto a la fuente de la plaza, rodeada de caras asombradas. La mano de mi madre me levantó del suelo de piedra y no me soltó hasta llegar a casa. Apenas podía seguir su paso por el sendero de tierra. Ella ni siquiera se molestó por el ánfora rota y en ese momento supe que algo andaba mal.

Intenté recordar las imágenes que habían invadido mi mente mientras la sensación de caída me envolvía. Vi la piedra enorme junto a la gruta, la enredadera tejiendo una cortina que cubría la entrada; recordé el olor de las diminutas flores rojas y el sonido del agua cercana.

Regresé de mis ensoñaciones. Necesitaba descubrir que había hecho mal y pedir perdón antes que el silencio osco de mi madre se convirtiera en un vergonzoso regaño.

De nada me valió explicar. Ella se negó a escuchar mi historia. Preparó mis cosas en un alijo y, en ese instante, pensé que un ánfora rota no era motivo para echarme a la calle. No pudo ser otro mi pensamiento ya que, cuando hizo lo mismo con mi hermana, ella jamás regresó a casa.

Al atardecer, una mujer de singular belleza tocó a nuestra puerta. Ojalá no lo hubiera hecho, hubiera sido un mejor destino que me echaran a la calle por un ánfora rota. Ella se llevó mis sueños. Sus confesiones pusieron mi mundo de cabeza. Era mi madre, la verdadera. Resultó que en mi sangre se mezclaba la de una ninfa inmortal y la de un semidiós marino.

Incredulidad fue mi primera reacción; frustración, la última. Ser hija de tan increíbles padres no había sido una bendición, no en mi caso. El don que vino con mi nacimiento, y que recién había aparecido en la plaza, me alejaba de los míos y me privaba de lo único permitido para mi género: matrimonio, esposo e hijos.

No diré que acepté sin dudar. Olvidé mi estricta educación y mi afán de enorgullecer a mis padres. La joven que ya conocía el amor se sublevó ante la idea de la renuncia. Veía a mi madre, y a quien creí que lo era, y solo podía pensar que era un sueño del que despertaría. «No está pasándome», me decía una y otra vez.

Usé todos los argumentos, desde el chantaje emocional hasta la actitud desafiante. Nada funcionó y terminé rogando. Mis súplicas no fueron escuchadas, era mi destino y nada podía hacerse. Me dejaron en la gruta, la belleza del lugar no suavizó mi conducta. La perspectiva de la soledad y todo a lo que renunciaba, despertó mis miedos y una ira que desconocía.

Durante días, permanecí agazapada en una esquina. Después, Hice oídos sordos a los creyentes que comenzaron a llegar al apartado refugio, destrocé la hermosa enredadera y golpeé la pared de piedra hasta que me sangraron los nudillos.

Debí presentarme antes: soy Delphe. Soy la que ve lo que vendrá. Mi primera visión fue el paraje que se convertiría en mi hogar hasta el fin de mis días. Por demasiado tiempo mi vida ha sido la soledad de esta gruta y la procesión interminable de creyentes en busca de una señal que ilumine sus vidas vacías.

Fantaseé con la idea de que mi madre vendría a buscarme y me diría que su amor por mí era tan grande que desafiaría mi destino, pero no sucedió.

Después de la melancolía, llegó la aceptación de lo que se esperaba de mí. Aprendí que el tiempo todo lo cura y no fui la excepción. Me entregué al odiado don y, en trance, vi nacimientos, muertes, guerras, desastres naturales...

La enredadera volvió a crecer y sus flores alegraron mis días. Las aguas del Peneo lavaron mi cuerpo y, sentada sobre la enorme piedra que había junto a la entrada de la gruta, mi imaginación volaba como las aves que cobijaban los verdes olivos de las cercanías.

Con los años descubrí que mi supuesta bendición no me salvó de la maldición que también le tocó a cada mujer que requirió mis servicios. Como ellas, debí jugar mi papel y aceptar mi destino. Me convencí de que mi sacrificio tenía un sentido, era eso o entrar al río y entregar mi cuerpo a las tranquilas aguas. Por una razón que entendí más tarde, esa idea la desechaba en el momento de pensarla. Me juré que si no tenía la fuerza para marcharme y desafiar al destino, tampoco tenía el derecho de tomar mi vida.

Con el tiempo llegó la sabiduría. Ver a los humanos cometer los mismos errores me decidió a ser consejera y profetiza. Volví a soñar. Nadie me escuchaba, no era lo que se esperaba de mí. Preferían saber lo que vendría y no lo que podían hacer para impedirlo. Sobre todo, si esos consejos venían de boca de una mujer. Sus burlas y desdén me hicieron recordar a todo lo que había renunciado y lloré anhelando el amor y los hijos que vi en el destino de otros.

Llegó el tiempo en que cada pergamino que desenrollaba traía una profecía mucho más trágica que la anterior. Temí ver el fin de los tiempos ante tan perturbadoras revelaciones. Hubo días en que miraba el rollo de papel sin atreverme a abrirlo. Recuerdo que lo desenrollaba lentamente, interpretándolo palabra a palabra para mitigar la impresión que su lectura me causaba.

El disfraz con el que me cubrí para engañarme a mí misma y hacer soportable el suplicio comenzó a caer sin que me diera cuenta. De la joven alegre y enamorada que se desmayó junto a la fuente no quedaba nada. Lo di todo por años, olvidándome de los sueños que se rompieron con el ánfora.

La ira volvió. El dolor me cegó y salí de la gruta decidida a no volver. Dejé de temer a la furia de los dioses y al castigo por desafiarlos.

Caminé decidida por el sendero junto al río y, como un rayo, una visión me golpeó. Lo vi venir hacia mí, vi la cruz y el martirio que le tocaría vivir. La dulzura de su rostro borró mi ira. La luz de su mirada desterró mis miedos. Lloré al ver su destino, el cual creí más cruel que el mío. Yo estaba renunciando a mi tarea en mi favor; él iba a entregar hasta su sangre por los que yo estaba dándoles la espalda.

Yo lo vi primero. La pureza de su misión me tocó el alma que creí haber perdido. Él me llenó de amor. Conocer la difícil tarea a la que se enfrentaría hizo que, por primera vez, me sintiera orgullosa de mi tarea.

Regresé a la gruta con una sensación etérea que nunca había sentido. Esa vez, nadie me obligaba, era mi decisión. Después de tantos años, yo tomaba las riendas de mi destino y descubrí la felicidad cuando todo parecía perdido.

Soy Delphe y esta es mi historia. Soy la que ve lo que vendrá, y te digo: no te rindas. El cambio que esperas está en ti. Sé que ya eres consciente de ello. No dejes de luchar, la respuesta que buscas está a la vuelta del recodo. Solo tienes que atreverte y salir de tu gruta.